

ODISEA DEL CANGREJO

Fernando López

Novela

El Emporio, Argentina, 2007

Capítulo 1

¿Qué es lo inevitable, sino aquello que ocurre en un momento en que no estamos preparados para recibirlo? La lógica de lo cotidiano parece ordenada de tal modo que nos impone levantarnos de mal humor, descargar aguas, bañarnos y afeitarnos, espiar los titulares del diario con una taza de café en la mano y guardarlo bajo el brazo al despedirnos de la gente de la casa, cuando partimos hacia la tarea de todos los días, de todos, sin alternativas, desde que alguien nos condenó, alguna vez, a que no podíamos seguir haraganeando. ¿Y cuál de todas las formas de lo inevitable será la que está reservada para mí?

Nunca he pensado si mi muerte, entre ellas, sería tranquila o violenta, si vendría por aire, por tierra o de la mano de alguien a quien nuestro hacer cotidiano no pasa inadvertido. En realidad, nunca pensamos mientras dura el trajín. Pensar es como detenerse: si pienso en mis pies al bajar por una escalera, perderán el don de hacer lo que se debe y no otra cosa. Si me detengo en alguno de esos momentos en que mi vida comienza a tomar un rumbo distinto del planeado, lo que no había sucedido hasta ahora, es porque presiento que viene lo inevitable –acaso la muerte– que me está reservado como acto final reparatorio de mis acciones y omisiones terrenales. Y si no es la muerte es la cárcel, o la muerte en vida, la pérdida del reino donde lo inevitable es el decurso constante, controlado, de la vida como nos ha sido dada y modificada en el pequeño escenario donde los hilos son del color de los días y las noches, por eso no se ven y nos parece que actuamos con libreto propio cuando en realidad sólo nos movemos, sin remedio, o casi, dentro del texto, con pequeñas variaciones que responden más al olvido de la letra que a otra cosa. Somos, en fin, lo que podemos. Por eso estoy así, inmóvil y perplejo, indefenso, y la siento llegar y alejarse de la habitación a la espera del momento oportuno, de la circunstancia propicia para asestar su golpe, sin importarle si he dejado mis cosas de tal modo acomodadas para que el llanto se apague velozmente, si mis deudas personales han alcanzado un equilibrio razonable. La muerte se deja sentir. La percibo en el frío de la espalda, en los pies, en los dedos de las manos, en el líquido que circula intemperado por dentro de mi carne, y en las cuchillas de hielo que no sé si penetran o se apartan de este cuerpo cansado: nadie se desangra impunemente a contramano de las leyes naturales. Viene hacia mí, ya no indistintamente hacia nosotros, hacia todos, sólo hacia mí, con la boca abierta, destilando el hedor de los cuerpos que consume en un festín interminable. No veo su risa y eso calma mi angustia, me permite seguir en la actitud de quien vigila el asalto

de una fuerza extraña a su pequeña reserva de energía. La siento cortar el polen suspenso que entró por las hendidias de un ventanal orientado hacia los árboles, de cuyos suaves movimientos se nutren los convalecientes. El lado filoso del acero silba como un instrumento musical antiguo. Son reminiscencias, imágenes de enorme plasticidad y belleza que la memoria repite en forma mecánica. Ahora sé que la muerte viene por dentro y no de afuera, viajando por el cuerpo y comiéndose las partes atacadas por la debilidad. Imagino a estas horas, sobre los seres vegetales, la noche oscura, y las sombras cargadas de violencia en los intervalos de las construcciones, eso que, porque había que llamarlo de algún modo, llamamos la ciudad. De a ratos la percibo fuera de mí pero también la siento detenerse. Algo la detiene. O alguien. No sé quién más está en la habitación, ni sé si está para cuidarme o está para entregarme, tan cerca y tan lejos de mi cama, hojeando papeles, con la respiración contenida de quienes creen que cualquier esfuerzo puede perjudicar mi recuperación. Yo, que no le tuve miedo a nada, que alimenté con intrigas los apetitos voraces de las mejores cofradías, me veo, como cualquier humano que se precie de tal, en un lugar intermedio tan parecido al limbo del imaginario de todos que se me erizan los pelos de la nuca. Quiero levantar una mano y no puedo. Girar la cabeza, balbucir una nota, levantar una rodilla. No alcanzo a darme cuenta del progreso de mi situación. ¿Cuántos días y noches acostumbraron mi cuerpo a la inmovilidad? ¿Cómo contar ese decurso que en nada se parece a la medida de los calendarios? Ojalá tuviera a mi alcance un mecanismo adecuado para medir la energía que me queda. Ese alguien que hojea papeles no debe ser un desconocido. Tampoco un samaritano. Lo percibo sobre mi perfil izquierdo o a los pies de mi cama, contenido en sus movimientos, siempre en silencio. Descarto a Matilde: no advierto el llanto propio de su estilo, ni las inquisiciones urgentes a los médicos que vienen a observarme. En realidad, no sé si vienen, no los escucho ni los siento sobre mi cuerpo, lo que me induce a pensar en alguna de las formas de la insensibilidad. Supongo que vienen, porque la lógica lo indica. No me figuro consciente y en la morgue con el cuerpo frizado a la espera del cuchillo del forense. No me figuro la cara del gordo Vignales pidiéndole a Cacho Audano la sierra para cortar mi calota craneana, ni el bisturí para hurgar las llagas de los disparos que habrán de conducir al calibre del arma. ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Cuántos plomos perforaron mi carne, de atrás hacia adelante, sin darme tiempo para atisbar con alguna certeza el rostro de mi ejecutor? Mi pulso se acelera por el baño de adrenalina, pero nadie parece notarlo. Uno se acostumbra a la aceleración y luego extraña ese movimiento confuso que desalienta el reposo y el sueño. Creo que merezco un descanso, pero no lo deseo. No sin antes saber cómo terminarán las cosas. No sin saber si es Julián quien me cuida en silencio, moviéndose apenas, sin ruido. No, sin sacarme la duda que me carcome desde su concepción. El ritmo de las máquinas que me sostienen no se altera. No puedo moverme, aunque lo intento con un esfuerzo por encima del común. Tampoco puedo suspirar para atraer hacia mí a ese acompañante misterioso, y oler su perfume, su aliento o su transpiración y distinguirlo de otros que a lo largo de la vida se apropiaron de mi sentido del olfato. Padezco la inquietud de la curiosidad.

Me duermo, me despierto. Tengo alucinaciones. Creo haber percibido unas manos removiendo sondas, hurgando mis partes privadas con un paño cargado de humedad. Pienso en las heridas al honor de ese compañero de amoríos que cuelga cabeza abajo y necesita de mi sangre para volver a expandirse y atacar. En qué insignificante cosa quieta puede llegar a transformarse esa criatura. Ya no es sueño sino modorra permanente la sensación que me invade. No siento dolor. O sí, no sé, si es que dolor es la dificultad para respirar que percibo en mis pulmones con cada impulso de la máquina. No distingo los cambios de temperatura y solo creo entender ese movimiento de la sábana que es compatible con la brisa del alba. No distingo la noche ni el día, esa

oscuridad que flota sobre todo no se parece a la que mecen las aguas del Paraná surcadas por la lancha del Diablo. Despierto, me duermo, hasta que todo se amalgama en una sucesión que no pierde continuidad. Pienso, por pensar en algo, que ese estado es casi la muerte, me convengo, ya que la vida, la que yo conozco, no se le asemeja. Me aplasta la incierta posibilidad de conocer el desenlace, de saber qué pasará en este pueblo grande cuando decidan cavar donde tienen que cavar para entender esta historia. ¿Qué dirán mi secretario y mis empleados cuando alguien comente que no ocuparé más el sillón de mi oficina? ¿Me extrañarán? No creo. Saben que los detesto con la misma intensidad con la que ellos me temen. ¿Y los otros jueces? ¿Y los policías que me acompañaban en las redadas de barrio Parque, en las jornadas de pesca o en la vigilancia de los hoteles donde las putas se refugiaban para no pagar los cánones debidos? No recuerdo haber expuesto mi deseo de ser cremado: no soportaría los gestos de un dolor que nadie o casi nadie sentirá. Cremado, y mi ceniza esparcida en la superficie del pozo más profundo de mi río, donde flotaré unos minutos a merced de la intemperancia de los elementos. ¿Qué gesto habrá moldeado mi rostro en esta circunstancia? Menos mal que el tiempo es piadoso y favorece el desinterés por el pasado.

No sé cómo, ni por qué, mi estado me ayuda a recordar algunas partes de la historia.